

Esbozo de una ética universal luliana

Cilea DA SILVA DOURADO

Universitat Internacional de Catalunya
Instituto Privado Brasileiro de Filosofia
e Ciência Raimundo Lúlio (Ramon Llull)

RESUM: Per a Ramon Llull, l'home és l'«animal homificant», l'únic que, en participar de la matèria i de la forma de l'univers, s'edifica a si mateix. La virtut anímica que dota l'ànima racional de memòria, enteniment i voluntat és l'espai en el qual es forja el principi de l'acte-determinació humana i de la seva consciència. El fonament de l'ètica universal i transcendental lul·liana és que tots els homes de qualsevol raça o credo posseeixen la virtut trina actualment en l'ésser i, d'igual manera, tots són capaços de pensar, entendre i estimar. Això no significa ruptura amb el diví, ja que és Déu qui conserva cada criatura en l'ésser, i consegüentment és immanent el seu actuar, però significa una nova visió de Déu com a potencialitzador i col·laborador en l'actualització de la seva perfecció. Així com tinc la llibertat per a fer allò que em perfecciona en l'ésser, puc utilitzar malament aquesta llibertat i comprometre l'ésser. El mal ús desvirtua la intenció que no segueix l'enteniment i possibilita l'ancoratge del vici. El vici abomina el seu ésser i desconeix que és en el mal, ja que sense l'esclarament de la virtut la memòria no contempla, l'enteniment no entén i la intenció no ama.

PARAULES CLAU: Llull, ètica, ésser, virtut, trinitat.

INTRODUCCIÓN

Uno de los puntos más admirables en el pensamiento del beato-filósofo mallorquín Ramon Llull es su actualidad. Del siglo XIII, Llull nos trae soluciones para cuestiones modernas, haciendo que tengamos un interés siempre renovado en su figura. La razón para eso es ser el hombre exactamente lo mismo antes y siempre. Llull pensó y expuso la esencia del hombre, y ella es simultáneamente interactividad y extraactividad en cualquier espacio y tiempo.

La visión profunda del «doctor Iluminado» le inclinaba a buscar la unidad divina (Llull unificó todo lo que existe bajo la óptica del acto de ser) por encima de la multiplicidad y de la diversidad, pues creía que la verdad teológica y filosóficamente fundamentada (una vieja idea cristiana, la de que Dios se reveló en dos libros: la Biblia y el libro del mundo) estaría siempre en concordancia con el uno, el centro de

equilibrio de todo el universo. El destino de toda la creación es la perfección; cuanto más perfecta es la actividad de las criaturas irracionales, tanto más reflejarán la verdad divina; en la criatura racional y personal por excelencia, el ser humano, cuanto más perfecta fuere esta actividad, más la verdad divina se manifestará (en la jerarquía luliana de los seres, el hombre se encuentra en la primera escala, que va de los seres menos perfectos a los más perfectos, ocupando posición privilegiada entre los animales y los seres celestes, y constituyendo una realidad personal, más perfecta y encima de las otras realidades menos personales o infrapersonales). Esta tendencia a la plenitud que es característica intrínseca de todo ente, adquiere nueva dignidad en el hombre: es la apertura al trascendente, la participación en el misterio, la unificación de la humanidad. Por esa característica esencial, toda y cualquier diferencia, sea cultural, étnica o lingüística, puede ser superada en pro de la participación común en el trascendente. El ser humano es dimensión única, donde cuerpo, mente y espíritu se manifiestan, simultáneamente, todo el tiempo.

En el transcurrir de la historia humana, sobre todo en Occidente, observamos la íntima lucha trabada entre lo racional y lo emocional, valorizando la razón y la lógica en detrimento de la sensibilidad.

El pensamiento filosófico revela que las reflexiones humanas se dividen en dos universos: el cuerpo y el alma; lo material y lo espiritual; lo inteligible y lo sensible. Este dualismo trae un problema, pues el ser humano es en realidad un todo integrado. A su vez, Lull sobrepasa la antigua definición clásica del hombre como «animal racional» e inaugura una visión holística del ser integral; el hombre no ejecuta sólo actividad racional, pero sí actividad «humanizante», «homificante», vital y integral, y esta noción va más allá de los límites de la racionalidad. El hombre luliano no es sólo bidimensional, sino tridimensional, pues se apoya en el número tres, el número de la perfección, ya que hay tres personas en Dios, y tres virtudes teologales. Las cosas corpóreas y las espirituales consisten en tres partes: comienzo, medio y fin.

El mundo se completa por el tres: armonía, necesidad y orden, esto es, la confluencia de las causas, la ordenación por número, peso y medida. El ciclo del tiempo también es trino: pasado, presente y futuro. Hay tres tipos de almas: vegetativa, sensitiva e intelectual. Hay tres poderes en las criaturas intelectuales: memoria, entendimiento y voluntad. Hay tres órdenes de bienaventurados: mártires, cristianos e inocentes. En el ser hay tres correlativos: potencia, objeto y acto. El hombre no es sólo la única criatura que refleja y tiene consciencia de sí, sino que es el único que se percibe trascendental a toda y a cualquier realidad, como bien lo dice Karol Wojtyła en la encíclica *Fides et Ratio*: «No es cerrándose en sí que el hombre encuentra la verdad de los valores, sino abriéndose para las dimensiones que lo trascienden para recibirla.»

En la reflexión humana vemos esta aspiración del inmutable opuesto al transitorio, pues las formas estructurales se modifican, pero su elemento potencializador perdura más allá de las apariencias, recordándonos que las posibilidades son infinitas:

El conocimiento del Bien, que Sócrates descubre en la base de todas y cada una de las llamadas virtudes humanas, no es una operación de la inteligencia, sino más bien, como acertadamente Platón comprendió, la expresión consciente de un Ser interior del hombre. Tiene su raíz en una capa profunda del alma, en la que ya no se pueden separar, pues son esencialmente una y la misma cosa, la penetración del conocimiento y la posesión del conocido (Jaeger, 1995, p. 565).

El conocimiento del bien, para Platón, era algo más vasto que la bravura, la justicia, o cualquier otra virtud concreta. El bien es la «virtud en sí», que se revela de modo diverso en las diversas virtudes. No se puede tener una parte de ella y otra no, de manera que: «El hombre piadoso, que cumpla fielmente sus deberes para con los dioses, pero que sea injusto para con sus semejantes y desmedido en su odio y fanatismo, no será verdaderamente piadoso» (Jaeger, 1995, p. 567).

Esto se explica porque lo que generalmente se considera como siendo virtud, en un análisis más profundo viene a ser un conglomerado de diversos procesos unilaterales de domesticación, no raros moralmente, pero contradictorios entre sí. En la concepción platónica, el hombre virtuoso es aquel que es justo, moderado, valiente, piadoso, etc., todo a la vez, pues, de lo contrario, tales atributos, en vez de expresar una verdad universal, serían meros productos de la normativa social, pues: «Es indudable que la virtud concreta de la valentía presupone el conocimiento del Bien en su totalidad» (Jaeger, 1995, p. 566).

Sócrates es tan inexorable en este punto como en la certeza inquebrantable de que la virtud es saber. Para Sócrates, era imposible la fragmentación de la virtud, y es notable la semejanza de la unicidad de la virtud en la certeza socrática y en la certeza luliana; en ambas, la virtud no se fragmenta sino que, por el contrario, mantiene una relación de pertinencia recíproca como una delicada filigrana, donde cada fibra es imprescindible a la armonía y belleza del conjunto.

Sin embargo, no basta conocer la virtud para ser virtuoso; ni aquel que conoce el bien quiere necesariamente hacerlo. Constituye una contradicción la intención de poder querer el mal, aun reconociéndolo como tal. El sentido final de la voluntad no es su destrucción, sino su edificación. La voluntad es en sí misma racional, pues se dirige al bien. Para esclarecer el hecho que el hombre se decida frecuentemente por el mal, Llull afirma que algo en el ser interior está «desvirtuado» y, cuando determinada parte se encuentra fuera de la ruta prescrita, el riesgo de encontrar obstáculos es mucho mayor. Es necesario entonces que el hombre reencuentre el verdadero camino, restablezca su ruta.

—Ah, hijo, dijo el ermitaño, ¡qué grave cosa es la falta y el desvío de la finalidad para la que el hombre existe! Porque conviene que aquel desvío de la finalidad para la que el hombre existe sea la oportunidad para la infinita duración de pena y de trabajo, porque es contra la infinita bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, ganas y justicia de Dios (Llull, s. a., libro VIII, «¿Por qué existe el hombre?»).

La ética fundamentada en la capacidad humana de conocer el bien y la verdad del ser es la única digna del nombre «trascendental» y «universal».

La gradual eliminación de la consciencia universal extravió la acción humana de su fin y la condujo a los intrincados laberintos del subjetivismo y del utilitarismo, perdiendo con esto el hilo conductor de la realidad. En su libro *Verdad, una historia*, el historiador Felipe Fernández-Armesto revela cómo la sociedad humana perdió la fe en la verdad y abandonó esa antigua búsqueda. Para él, existen cuatro momentos fundamentales en este abandono histórico: la tradición oral, la tradición oracular, la tradición científica de los siglos XVII y XVIII, y la actual, la tradición de los sentidos, poskantiana y relativista.

El autor se pregunta si es posible sobrevivir sin la certeza que la busca por la verdad universal es un componente esencial e imprescindible de la humanidad (Fernández-Armesto, 2000).

Sólo en la obediencia a las normas morales universales, el hombre encuentra plena confirmación de la unicidad como persona y posibilidad de verdadero crecimiento moral (Wojtyła, *Veritatis Splendor*).

1. LA CONDICIÓN TRIDIMENSIONAL DEL SER

Análogamente a la realidad, Llull fundamenta todo su cuerpo doctrinal en la noción de ser. Se puede afirmar que la filosofía luliana es una filosofía del acto de ser, o una metafísica del ser (*ese*). Dios es el ser por excelencia en total identificación con su divina esencia, siendo por esto el único a subsistir por sí mismo y por extensión a los demás entes (Jaulent, 1995a). El ser luliano es pura perfección porque engloba todas las perfecciones (dignidades). Las dignidades, también denominadas emperatrices o virtudes (bondad, grandeza, eternidad, poder, sabiduría, voluntad, virtud, verdad y gloria), son convertibles entre sí y la esencia divina, que a su vez es convertible con el acto puro de ser. El ser es la actividad que coloca las cosas en su realidad extramental. Dios, ser infinito, tiene como actividad externa «dar» su ser a las criaturas y también a sus operaciones, inferido de ahí que además de conservarlas, todavía sustenta todos sus actos. Este movimiento divino no priva a la criatura de su «libertad de ser», pero la mueve respetando lo que ella es; es decir, según la idea que existía en su mente, y a esta idea la llamamos «principio potencializador de la esencia». Dios mueve los seres dotados de alma racional respetando su libertad, de tal manera que las acciones que estos seres realizan se deben atribuir tanto a Dios, como causa primera, como a ellos propios, como causa segunda. Esta coactuación, este acto humano que es soportado por el acto divino, da lugar a la teoría de las dos intenciones y de los dos movimientos, mejor explicitados más adelante.

Las virtudes lulianas que están en perfecta concordancia, mayoría y eternidad en el ser divino, son las causas formales generadoras y mantenedoras de la multiplicidad de los entes finitos. Dios es mayor que el mundo porque sus virtudes son infi-

nititas y sus actos infinitos, pues es eterno y el mundo es nuevo. En Dios no hay minoridad porque Él es mayoría, y compete a Él magnificar, nunca minorificar. El concepto luliano de magnificar está correlacionado con uno de los principios instrumentales citados más adelante, que es la mayoría, que a su vez se corresponde con la dignidad de la grandeza, citada antes, y el término minorificar corresponde al principio instrumental de la minoridad, que no se corresponde con ninguna de las dignidades por su propia definición: «La Minoridad es ente cercado por el nada» (Castro, 1929, p. 96) y fuera de Dios nada puede existir, pero, puesto que el mundo no podría existir sin las minoridades, Dios se dispuso a crearlas para que su grandeza fuera mejor reconocida por serle opuesta. Esa concordancia e identificación de las virtudes con la esencia y el acto divino no deben presuponer ociosidad, sino permanente actualidad, pues Él, en el pensamiento luliano, es dinamismo productivo. El puro acto de ser luliano es la fusión de infinitas actividades, el acto de poder, el acto de bonificar, el acto de engrandecer... que se relacionan según ciertas reglas instrumentales: distinción, concordancia, contrariedad, principio, medio, fin, mayoría, igualdad y minoridad:

Dios es aquel ente en el cual la bondad, grandeza, eternidad y sus demás dignidades son una misma cosa en número. Y Dios es aquel ente que tiene en sí todo complemento y plenitud, y que no necesita de algo fuera de sí (Castro, 1929, p. 96).

O en este pasaje de la obra *Félix*, o el *Libro de las Maravillas* (1288-1289):

Después de que el santo hombre le dijo estas palabras, prendió una vara e hizo un círculo alrededor de Félix, y le preguntó si le parecía existir fuera de aquel círculo alguna cosa más necesaria que dentro. Mientras Félix se maravillaba con la pregunta que el ermitaño le hizo, el ermitaño le dijo que la grandeza concordaba más fuertemente con el Ser que la pequeñez, y una vez que lo que estaba fuera del círculo estaba en grandeza superior a lo de dentro, es más necesario que fuera del círculo exista alguna cosa mayor que lo que existe dentro (Llull, s. a., libro 1, «De Dios»).

En la constitución de la realidad existencial, las virtudes divinas se contraen y se rebajan, siendo entonces denominadas por Llull principios generalísimos, teniendo en cuenta que en los entes finitos ellos serán igualmente finitos, y las únicas semejanzas que guardan con el origen infinito son la naturaleza correlativa y la correspondencia, flujo continuo de relaciones; el tejido existencial es formado por la penetración y superposición de estos principios (Flasch, 1988).

La actividad de los principios refleja la actividad divina, y con la excepción de Dios, que los contiene en total plenitud, todos los otros entes existen porque están constituidos por combinaciones finitas de las virtudes infinitas.

Para explicar cómo el ser permanece siendo, es decir, cómo se da esa actualidad, Llull enfoca la concepción de tridimensionalidad, el acto de ser uniendo siempre una

potencia a un objeto; ningún acto operaría sin la presencia simultánea de los tres correlativos. Como ejemplo, tomemos la acción de amar: su existencia solamente es posible a través de tres elementos necesarios: el amor, el amante y el amado. Para que la potencia del amor sea transmitida a su objeto, en su caso el amado, es indispensable la conexión ejercida por el amante, punto de unión entre los dos. Cabe resaltar la simultaneidad de los correlativos; el amor perfecto, como en el ejemplo citado, no es estático, sino unión activa de tres momentos: de la esencia, capaz de volver algo amable (el amor); del objeto que puede ser amado, y de la unión de los dos, efectuada por el tercer elemento, lo que ama, o lo que ejerce la acción de amar. En este sentido, el originario es sólo la unidad; no existe transición, porque la transición ya es la propia realidad. El acto de amar es uno, y asimismo es visto en la realidad, pero dentro de sí carga el poder de expandirse trinitariamente (agente, paciente y acción, o todavía potencia, objeto y acto) y ésta es la base de la trascendencia y de la perfección del ser luliano. La teoría luliana de los correlativos se espeja en la trinidad, y la comprueba irrefutablemente. El ser desea la plenitud, que es su principio, su medio y su fin, y la realiza a través de los tres correlativos regalos en el propio acto. El ser es uno y trino. Uno en esencia y trino en acción.

Después de este ejemplo, el ermitaño dijo a Félix que Dios es aquel al cual pertenece una obra que ningún otro puede hacer, sino Dios tan solamente, obra que Dios hace en las criaturas. Pero aquello por lo cual se tiene mayor conocimiento que Dios es en sí mismo es saber cómo Dios en sí mismo y de sí mismo genera a Dios, esto es, que Dios el Padre engendra Dios que es Hijo, y del Padre y del Hijo sale Dios que es Espíritu Santo, y todos los tres son solamente un Dios (Llull, s. a., libro I, «De Dios»).

Y todavía:

—Señor, dijo Félix, muchas veces tengo ganas de preguntar a los sabios de nuestra ley la manera según la cual Dios es Uno en esencia y existe en trinidad de personas. Y por el pavor que lo pueda entender, dudaba preguntar sobre la santa Trinidad, de la cual os pido que me digáis tantas palabras con las cuales yo la pueda entender [...]. Tras estas palabras, el ermitaño hizo en su cara la señal de la cruz, en esperanza de la ayuda de Dios, y dijo a Félix estas palabras sobre Trinidad: es cosa manifiesta Nuestro Señor Dios tener criado todo cuanto existe para dar amor y conocimiento de Sí a las gentes. Por ello —porque Él es uno en esencia y en Trinidad de personas— Dios desea que el mundo sea uno en esencia y que exista en tres cosas diversas, las cuales son sensualidad, intelectualidad y animalidad. Sensualidad son las cosas sensuales, que son corporales y sensibles; por la intelectualidad entendemos lo que es el alma del hombre o lo que son los ángeles. Por la animalidad entendemos el hombre y que él es ajustado de cosas corporales y espirituales. En estas tres cosas está todo el mundo, el cual es uno y existe en esas tres cosas arriba dichas, sin las cuales el mundo no estaría en la unidad en la cual existe, ni las tres cosas serían lo que son, sin que cada una fuese en sí misma una cosa en tres cosas. Esto es, todo cuerpo es uno y existe en tres co-

sas, las cuales son materia, forma y conjunción, que es el resultado de la materia y de la forma al ser un cuerpo ajustado de materia y forma. El alma es una en esencia y existe en tres cosas diversas que forman el ser del alma, siendo esas tres cosas la memoria, el entendimiento y la intención, sin las cuales el alma no podría ser una sustancia. El animal está hecho de tres cosas, esto es, cuerpo, espíritu y la conjunción, por la cuál el cuerpo y el espíritu se ajustan y forman un animal, esto es, hombre, león, ave, y así todas las otras cosas que son ajustadas de todo corazón. Y en uno de esos tres nombres está el mundo y todo cuanto fue criado sustancialmente, significando que la sustancia de Dios es una y existe en tres personas distintas, esto es, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Porque si Dios no fuese una unidad de sustancia y una trinidad de personas, no habría creado todo cuanto existe a su semejanza, no podría ser conocido y amado por los hombres, y los hombres estarían en caída si no pudiesen conocerlo, porque estarían en falta por no conocer su semejanza y la semejanza del mundo, y lo que el mundo contiene (Llull, s. a., libro I, «De Trinidad»).

En el alma existen cinco potencias: la vegetativa, la sensitiva, la imaginativa, la motriz y la racional. Solamente en el hombre se encuentran las cinco y por ello su alma participa de toda criatura. El alma racional opera arriba de todas las otras y es señora de las demás por ser la única a poseer la trinidad anímica de la memoria, del intelecto y de la voluntad, porque el hombre fue hecho para recordar, entender y amar a Dios. Veamos este pasaje:

—Señor, dijo Félix, ¿por qué el hombre vive en este mundo? El ermitaño respondió: —El hombre vive en este mundo para recordar, entender y amar a Dios. Y el hombre también vive en este mundo para que pueda vivir en el otro siglo en gloria perdurable (Llull, s. a., capítulo XVIII).

Cuanto más trinidad opera en nuestro ser, tanto más Dios se hará presente y coactuante en nosotros, porque es característico de toda adquisición de la conciencia tornarse elemento constitutivo de ella misma. En principio, la participación humana en las virtudes divinas puede parecer un intento de generalización ontológica, en la cual el hombre es interpretado genéricamente en su condición de ente, pero no es en este sentido que se debe interpretar la ética universal de Llull, puesto que la filosofía luliana es una filosofía de lo concreto, y no una abstracción. Resumidamente, la concreción ve el ente participando en mayor o menor grado del ser, siendo más ente lo que más participa; en el caso del hombre, esa participación es directa en función de la trinidad anímica racional. El ente «homificante» es aquél que posee en grado superlativo la virtud, siendo por extensión el más noble de la creación, lo que se elevó a la categoría de ser personal, que no se repite. Por gozar de esta rica condición personal, está más cercano de Dios, es el ser ético, donde todo existe en posibilidad.

2. EL SER LIBRE ES BUENO

Llull distingue en el ser ético dos intenciones: la primera es la que orienta al hombre para su finalidad, que es conocer y amar a Dios. La segunda existe para que el hombre disfrute de los méritos advenidos de la primera. Como afirma Jaulent:

Dios, según Llull, atribuyó una única intención o finalidad al universo, sin embargo dio dos intenciones al hombre. Este debe poner su primera intención en conocer, amar y servir a Dios, y la segunda en el mundo, a fin de poseer los bienes necesarios para el cumplimiento de la primera intención. La segunda intención, pues, en el hombre, está subordinada a la primera. El pecado consiste en poner «la primera intención en la busca de sí y de los bienes de este mundo, dejando a Dios en segundo lugar» (Jaulent, 1995a, p. 112, nota 24).

Como la segunda implica minoridad, es inexistente en Dios, que es única y eterna intención. En el ente finito, las dos intenciones operan según la ley moral y la ley natural. El hombre puede operar según las dos maneras, pero también existe en él la posibilidad de desviar o invertir las intenciones, utilizando mal el libre albedrío conveniente a su condición de ser más digno.

Por esa condición, el hombre es libre para obrar el bien, pero puede obrar el mal. Sólo existe moral donde hay libertad. Es a través de la libertad que el hombre se configura como causa de sí mismo, y en Llull la sed de libertad es la intención. La libre voluntad nace de dos contrarios, que son el ser y la privación. El libre albedrío en Llull no equivale al poder de «elegir» hacer el bien o el mal. El hombre sólo es libre para hacer el bien, porque si fuese libre para hacer el mal, tendría obligatoriamente el «poder» para eso, y entonces habría sido criado poder contra poder y libertad contra libertad. El hombre es libre para ser lo que es; no para ser lo que no es. En el hombre, la grandeza del poder (una de las virtudes) sólo se manifiesta, fortalece y multiplica cuando es utilizada para vencer al mal; de lo contrario, se enflaquecería. El mal se alimenta de los opuestos divinos (concepción binaria encontrada en gran parte de la obra luliana), por ello nunca es grande en poder, pues si así lo fuera, se alimentaría del ser. Dios manifiesta su grandeza hasta en la posibilidad del pecado, pues si el hombre no pudiera pecar, no sería libre, no sería grande ni virtuoso. La libertad es, por lo tanto, la forma dada al hombre para que libremente haga el bien, y libremente esquive el mal. Pero, ¿por qué el hombre frecuentemente busca el contrario de eso cuando tiene la virtud del bien en su alma racional? Para Llull, el hombre se inclinó a amar y a servir a sí mismo más que a Dios.

3. LA CONSCIENCIA DEL MAL

En los proverbios del tronco moral (Castro, 1929, p. 118), la virtud afirma al vicio que lo acusará el Día del Juicio; el vicio alega que el libre albedrío le absolverá de cualquier acusación. La virtud rebate afirmando que no teme al libre albedrío, pues-

to que el vicio no tiene consciencia. En este breve e interesante párrafo, Llull dibuja todo el sentido de su ética. La virtud es la razón de ser del ser, la consciencia de la virtud está en el ser. En la medida en que hay más virtud en una criatura, se dice que más ser hay. En un enfoque cognitivo, a mayor virtud corresponde mayor lucidez; en el caso citado arriba, consciencia significa conocimiento, lucidez.

Prosiguiendo, el vicio concluye que el libre albedrío lo defenderá, cuando en verdad fue el mal uso del libre albedrío que firmó el vicio en el ser, y con la repetición de actos viciosos el ser quedaría cada vez menos lúcido, o «sin consciencia», como dice el refrán.

De un modo general, la virtud hace que seamos virtuosos y podamos producir actos virtuosos. Por lo tanto, el camino hasta la perfección en Llull no va a depender del conocimiento de un código de leyes, sino de la consciencia de lo que es justo. El hombre virtuoso —consciente— expande su ser a través de sus acciones. En cambio, el hombre adicto abomina su ser y desvirtúa su voluntad. Sin la virtud, la intención no puede seguir el entendimiento y la memoria y consecuentemente no ama y no puede querer el Bien. Lo cierto es que cuando la intención está «tuerta», fuerza el entendimiento a juzgar como buena una conducta mala, pero agradable a ella. Al hombre malo, le gusta el mal, piensa que el mal es un bien. Sólo el hombre bueno ama el bien y sólo el hombre que odia el mal es capaz de entenderlo.

En Llull, el libre albedrío, o sencillamente la libertad, es compuesto de dos momentos fundamentales que representan su aspecto cognitivo: el conocimiento y la capacidad de actuar. El conocimiento es alimentado por la virtud. La noción de virtud en Llull es la de cualidad habitual, siendo total actividad. No encontramos pasividad en la filosofía luliana. Si las virtudes son hábitos, no hay que olvidar que los hábitos son también actos permanentes, que no tienen principio ni fin, y un acto integra al otro en una especie de unificación de la multiplicidad.

Dios creó al hombre libre en la virtud; pero por sí mismo cayó en la servidumbre, porque no se conoció a sí mismo [...]. El hombre que es siervo del pecado no tiene libre Voluntad, porque la justicia lo tiene en la cárcel. Ningún hombre que está en la virtud está en la servidumbre (Castro, 1929, p. 123).

CONCLUSIÓN

El objeto de la metafísica luliana es el hombre concreto, el ser individual, con todas sus peculiaridades. En vista de esto, la ética cristiana es la que más se asemeja a la concepción luliana, donde lo que se busca es la salvación de cada hombre. La dignidad no es atributo exclusivo de unos pocos elegidos, sino virtud intrínseca al individuo. Asimismo, la conducta humana se pautaría a partir de una cualidad habitual ya inherente, por ser el hombre la única criatura verdaderamente libre para alcanzar su apogeo ontológico, y no a través de un sistema preestablecido y coercitivo.

La ética universal luliana no pretende homogeneizar al ser, generalizarlo. El ser ético universal y trascendental luliano es aquél que partió de la homogeneidad para la heterogeneidad, lo que cumplió íntegramente su finalidad, asegurando con esto mayor singularidad y mayor semejanza con Dios, ser único y singular.

El poder del ser de operar trinitariamente alcanza cada uno de los aspectos y atributos particulares de cualquier realidad. La universalidad no puede prescindir de la particularidad y de la concreción, porque cada una de esas particularidades es contemplada en la medida en que todos son. La singularidad no se refiere a la mera distinción entre los entes, sino a la condición personal de este ente. El crecimiento de la individualidad humana está íntimamente relacionado con su categoría superior ontológica. Las realidades personales están por encima de las realidades infrapersonales.

El pensamiento moderno nihilista, que niega la posibilidad de conocer el fundamento de la realidad, es rechazado en el pensamiento luliano. En la concepción moderna, el *Cogito ergo sum* afilia el ser a la ciencia, tornándolo mera consecuencia de ésta, pero, para Lull, el ser es el fundamento de todo lo que pensamos, actuamos y somos. A través de él, el hombre es llamado a trascender sus propios límites en un ejercicio constante de su esencia divina.

FUENTES

- LLULL, Ramon (1989). *Livro do amigo e do amado*. São Paulo: Loyola. También publicado en Internet: <www.geocities.com/Athens/Forum/5284/amic.html> [Traducción de Esteve Jaulent]
 — (s. a.). *Félix ou o Livro das maravilhas*. Publicado en Internet: <<http://www.ricardocosta.com/sumfelix.htm>> [Traducción de Ricardo da Costa y Grupo I de Pesquisas Medievais da UFES]

BIBLIOGRAFÍA

- CARRERAS ARTAU, Tomàs; CARRERAS ARTAU, Joaquim (1943). *Historia de la filosofía española*. Madrid: Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, 1943. (Biblioteca de Autores Españoles).
 CASTRO, Adolfo de (1929). *Obras escogidas de filósofos*. Madrid: Imprenta Básica Española, 1929. (Biblioteca de Autores Españoles).
 FERNÁNDEZ-ARMESTO, Felipe (2000). *Verdade uma história*. Rio de Janeiro: Record.
 FLASCH, Kurt (1988). *Das philosophische Denken im Mittelalter: von Augustin zu Machiavelli*. (El pensamiento filosófico en la Edad Media. De Agustín a Maquiavelo). Stuttgart: Philipp Reclam, p. 381-394. Publicado en Internet: <www.geocities.com/Athens/Forum/5284/flaschre.html> [Traducción de Edson Dognaldo Gil]
 JAULENT, Esteve (1995a). *Arbor scientiae, immanencia o transcendencia en el pensamiento luliano*. Publicado en Internet: <www.geocities.com/Athens/Forum/5284/iman6.html>
 — (1995b). «O “Esse” na ética de Raimundo Lúlio». *Veritas* (Porto Alegre), v. 40, núm. 159 (septiembre), p. 599-621.
 JAEGER, Werner (1995). *Paidéia: a formação do homem grego*. São Paulo: Martins Fontes.
 WOIJTILA, Karol. Carta encíclica *Fides et Ratio*. Publicado en Internet: <<http://www.syg.com.br/papa/>>
 — Carta encíclica *Veritatis Splendor*. Publicado en Internet: <<http://www.capeladelourdes.org.br/magisterio/>>